

ellos los castigos de su inflexible justicia, haciendo que, no solo en la eternidad, sino tambien en tiempo vengan á ser objetos de horror y abominacion; y que sus nombres marcados con el sello de la inhumanidad, no sean pronunciados sino para lanzar contra su memoria los anatemas á que les hicieran acreedores los horrores de su impía dominacion.

No así los ministros del santuario que, fieles imitadores de Juan Nepomuceno, supieren sostener y defender los intereses de su Dios, de su religion, y la pureza de sus dogmas contra la procacidad de la incrédula é impía política del siglo. Estos, no ménos que nuestro ínclito mártir, serán dichosos en eternas generaciones; su memoria será preciosa en los fastos de la humanidad y de la religion; su constancia será siempre admirada, elogiado su heroísmo, y perpetua y sin término su gloria.

¡Plegue á vos, oh Dios de bondad, renovar en el seno de vuestra esposa amada el espíritu de celo y de constancia de vuestro siervo querido Juan Nepomuceno! Sellad, Señor, los labios de vuestros ministros para que jamas profieran expresion alguna que en lo mas mínimo pueda comprometer los intereses que habeis depositado en sus manos. Haced que todos cuantos estamos investidos de la augusta potestad que por vuestros apóstoles nos legásteis, sepamos llenar los deberes á ella consiguientes; que seamos puros, íntegros, incorruptibles, constantes, firmes para arrostrar los peligros y la muerte ántes que faltar á nuestra conciencia y á nuestras sagradas promesas; á fin que despues de cumplir, como buenos administradores de vuestros bienes, nuestra mision sagrada, seamos dignos de recibir la eterna recompensa que nos teneis prometida en la mansion de la inmortalidad.

SERMON

DE SAN JUAN DE SAHAGUN.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Beati pacifici.

Bienaventurados los pacíficos.

S. Mateo, c. 5. v. 9.

Sed humildes, mansos, suaves, afables y pacientes: sufríos mutuamente vuestros defectos, y procurad sobre todo conservar entre vosotros una perfecta union de espíritu, sin romper jamas aquel vínculo de paz que deberia ser indisoluble; dad á entender á todos que sois un solo cuerpo animado de un mismo espíritu. Así lo encargaba el Apóstol á los primeros fieles (1), y así deben ser los discípulos de Jesucristo, si han de gloriarse del nombre de cristianos. La paz en la tierra á los hombres de buena voluntad es lo que trajo Jesus al mundo en su nacimiento. Este es el precepto del Señor, el que nos amemos unos á otros; este es el mandamiento que nos encarga y repite con frecuencia; en esto quiere que conozcan todos que somos discípulos de un rey pacífico: en que estamos unidos con los vínculos del amor y la paz; esto pide el mismo Jesus á su eterno Padre para nosotros, rogándole que seamos todos uno solo por la union de nuestra voluntad, así como están unidos él y su Padre. Esto es lo que deseaba Jesus y lo que decia cuando saludaba á sus apóstoles, *pax vobis*: la paz sea con vosotros. El mismo san Pablo exhortando á los fieles á seguir lo mejor, nos dice expresamente que la caridad es el superior y mas eminen-

(1) *Ad Ephes, c. 4.*

te de todos los dones de la gracia. Que es mayor que la fe y que la esperanza; mejor que aquella fe de tanta virtud que traspasa los montes de un lugar á otro, mejor que el martirio, y mas eminente y apreciable que la ciencia. Que sin la paz nada somos, nada valemos, y nuestras oraciones, nuestras penitencias, nuestros sacrificios serán odiosos al Señor si no tenemos caridad, si no nos amamos y reconciliamos primero con nuestros hermanos, si no tenemos paz.

El cristiano que tiene esta dichosa paz, el que no hace mal á otro, el que vuelve bien por mal, el que está dispuesto á hacer bien á todos y procurar que consigan la paz; el cristiano pacífico ¿no nos asegura el mismo Jesucristo que es bienaventurado y que será llamado hijo de Dios y heredero tambien de las promesas de Dios? Si san Juan de Sahagun fué pacífico, si la virtud dominante y el carácter especial con que se nos da á conocer y con que se distinguió este glorioso santo, objeto de nuestros cultos y honor de nuestra patria, es el amonestar, exhortar y procurar por todos los medios la paz á los pueblos, hasta morir por conseguirla, ¿no está formado ya su completo elogio por el mismo Jesucristo que le declara bienaventurado é hijo de Dios?

Hay, dice san Bernardo, hombre pacato, que es aquel que vuelve bien por bien, y en cuanto está de su parte no quiere hacer mal á nadie. Hay hombre paciente, y es aquel que no solo no vuelve mal por mal, sino que está dispuesto á sufrir al que le hace el mal; y hay hombre pacífico, que es el que vuelve bienes por males, y está pronto á ser útil al mismo que le hizo daño. El primero, dice el mismo santo, es un párvulo, y con dificultad podrá conseguir la salud eterna en este mundo lleno de escándalos y peligros. El segundo con su paciencia será dueño de su alma, como está escrito. Y el tercero, no solo poseerá su alma, sino que logrará muchas almas para Dios. El primero, en cuanto está de su parte, tiene paz: el segundo la conserva; y el tercero la hace y la da á los demas, y con razon se le llama bienaventurado y se le honra con el título de hijo de Dios, porque hace las obras propias del Hijo de Dios, que son reconciliar á los hombres con el Padre celestial. Y si el que sirve bien al Señor, el que es su ministro y cumple los officios de su ministerio se sentará y estará con él en el cielo, el que cumple los encargos y hace las obras propias de hijo,

será su heredero y entrará en la posesion dichosísima de todos sus bienes. Esta fué la suerte de nuestro santo patrono san Juan de Sahagun, porque fué pacífico.

Bien lo sabeis, hermanos míos, porque no os son desconocidos los méritos y virtudes de este santo; porque vuestra devocion no interrumpida le ofrece estos cultos cada vez mas fervorosos y se complace en oír todos los años la historia del que tanto amó á nuestros padres y ahora se interesa por nosotros en el cielo. Lo sabeis, pero yo sin temer molestaros os lo voy á recordar para honor suyo, y para que procuremos todos ser pacíficos para ser bienaventurados.

Recurramos ántes á la reina de la paz, á María santísima, implorando por su medio los auxilios de la gracia: *Ave María.*

Este mundo es el lugar destinado para la tentacion y la pelea, y no podemos buscar en él la gloria, sino la paz. En esta continua lucha en que ademas de los enemigos extraños los tenemos tambien domésticos é interiores, porque la carne se rebela contra el espíritu, y el espíritu tiene que estar en una continua alarma para refrenar los movimientos y concupiscencias de la carne, debemos procurar tener paz con Dios, paz con nosotros mismos y paz con nuestros prójimos, si queremos triunfar, ser pacíficos y llegar á ser bienaventurados. La bienaventuranza prometida á los pacíficos, dice el padre san Leon, no es para cualquiera paz y cualquiera concordia; sino para aquello de que dice el Apóstol: *Tened paz con Dios.* Y el Profeta real: *concede el Señor una paz abundante á los que aman su ley, y les fortalece contra todos los escándalos.*

No pueden gloriarse de tener esta paz, por mas que estén íntimamente unidas entre sí, aquellas almas que no están unidas con la voluntad de Dios. Están muy léjos de llegar á la dignidad de esta paz aquellos que convienen en unos mismos deseos depravados, en unos mismos vicios, y se unen para cometer los crímenes. El amor del mundo no puede unirse con el amor á Dios, y no puede llegar á la union de los hijos de Dios el que no se aparta de la corrupcion de la carne. Es pues necesario para ser verdaderamente pacífico empezar por tener paz con Dios, no apartarse de su ley, tener el alma dispuesta

siempre á hacer la voluntad de Dios, y procurar, despues de tener esta paz en sí mismo, que la tengan los demas.

Así nos dió el ejemplo san Juan de Sahagun. Era un niño y reprendia ya con gravedad y modestia las travesuras y vivezas de los otros; y con admiración de los grandes exhortaba á que no jurasen, que no hablasen mal, que fuesen modestos y obedientes á sus padres, que no cometiesen jamas un pecado ni se hiciesen enemigos de Dios. Sabia bien que no hay paz para los impíos, y aborrecia el vicio y procuraba que todos le aborreciesen. Fué fruto de las fervorosas súplicas, de las oraciones continuas con que sus padres Juan González de Castrillo y Sancha Martínez pidieron al Señor y á su santísima Madre que les concediera los hijos que parecia queria negarles; y como don conseguido á fuerza de ruegos, fué un fruto de bendicion.

No se dispó su modestia, su inocencia, su sólida virtud con la edad de las pasiones, con el contagio de las compañías corrompidas, con el favor de la fortuna, ni con la proteccion de los grandes. En la misma villa de Sahagun donde nació en el siglo XV, se dedicó al estudio de las letras en el monasterio de monjes benedictinos. El arzobispo de Búrgos don Alonso de Cartagena le tomó en el número de sus familiares y le honró con su singular aprecio. Le ordenó de sacerdote y le dió una canongía y un beneficio de Tañebuis, y el abad de Sahagun le dió tambien una rectoría y dos capellanías en prueba del amor que le profesaba. Bien se le vió adelantar en las ciencias; pero se le vió tambien conservar y aumentar cada vez mas sus virtudes aun en medio de los favores que le proporcionaba el mundo, y que con frecuencia llevan consigo la corrupcion del corazon y la separacion de Dios. Se le vió renunciar el beneficio curado de Codornillos, por no avenirse su conciencia á gozar rentas eclesiásticas cuando no podia desempeñar las cargas por sí mismo. Se le vió desprenderse generosamente de todos sus beneficios y prebendas, y pedir permiso para salirse del palacio del arzobispo, para vivir mas desembarazado y libre de estorbos para servir á su Dios, y contento con una pobreza evangélica, dedicarse á mirar por su alma y á procurar la salvacion de los demas, desempeñando su ministerio con un celo apostólico. Se le vió sin otros títulos que el de agregado á la iglesia de santa Águeda, ni otras rentas que las de una corta

capellanía, predicar la penitencia y exhortar á la virtud y al menosprecio del mundo; y para que no fueran estériles sus discursos, se le vió predicar con su ejemplo, con sus penitencias y mortificaciones, con sus admirables virtudes; ejecutar en sí mismo lo que anunciaba á los demas.

Oye la situacion lamentable en que se hallaba la ciudad de Salamanca, agitada por los partidos y disensiones y entregada á los odios y venganzas, sin que hubiese medio de apaciguar á sus habitantes, ni estorbar los desórdenes, pendencias y muertes hasta en los mismos templos, y lleno de compasion se encamina á evangelizar la paz. Vos le inspirásteis, Dios mio, esta resolucion, compadecido de las miserias y movido de las oraciones de los justos de aquella ciudad. Vos le condujísteis á ser el íris de paz y el preservativo de la ruina de tantas almas redimidas con vuestra sangre. Predica, declama contra el odio, las enemistades y venganzas, hace ver lo abominable de los vicios que arruinan aquella ciudad; y sus habitantes le miran como un Jonas enviado por Dios para salvarlos. Habla con el corazon, y comunica á sus oyentes el amor á la paz que tan profundamente se halla arraigado en su alma. Le admiran los mismos colegiales del mayor de san Bartolomé, y le suplican que admita la beca de capellan en su colegio. Continuó sus estudios y recibió los grados mayores en aquella universidad. Pero no le ha conducido á Salamanca el ansia de honores, de adelantar en las ciencias, ni proporcionarse intereses ni comodidades. Solo le ha traído el deseo de dar la paz santa del Evangelio á sus habitantes. Verdad es que reparte el tiempo entre sus estudios y atenciones del colegio y las tareas de su ministerio sacerdotal; pero antepone dedicarse á estas con toda libertad y desahogo, desembarazado de toda otra atencion, y despues de algun tiempo se retira á la casa de un venerable sacerdote para ocuparse exclusivamente en la direccion de las almas por medio del púlpito y del confesonario.

Tú le viste con un celo infatigable, ciudad de Salamanca, dispensar los consuelos, el alivio y el sustentó de la religion á todo género de personas. Tú le viste destruir tus facciones, desvanecer tus rivalidades y hacer renacer la paz en el seno de tus familias. Tú oiste sus palabras y presenciaste sus ejemplos, y no pudiste ménos de rendirte á la voz irrisistible de este apóstol. ¿Qué importa que las penitencias y austeridades, que las fati-

gas de su ministerio le quiten la salud y le acarreen una enfermedad que le pone á las puertas de la muerte, con tal de que logre alcanzar la paz de las almas y ganarlas para su Dios? De esta molestia toma ocasion para mejorar su vida, y ofrece abandonar el mundo y entrar en religion si logra la salud. Gloriate, convento de san Agustin de la ciudad de Salamanca, y abre tus puertas á ese novicio, que no viene á sepultar en tus claustros los despojos de un hombre vicioso y corrompido, sino á acrisolar y perfeccionar su virtud; á ser el ejemplar de tus religiosos y la gloria con que te honrarás algun dia. Lloro su pérdida, ciudad que le ves sepultarse en el retiro... Pero no: concluirá su noviciado sujetando su cuerpo á las austeridades mas espantosas, como si fuera reo de grandes crímenes que expiar; abrazará la pobreza, la obediencia, la abnegacion de sí mismo, se perfeccionará en la oracion y alimentará su alma con los grandes consuelos que recibe en los divinos officios y en la celebracion del santo sacrificio de la misa; se pondrá en una perfecta paz con su Dios y consigo mismo, y volverá á ti á procurarte esta paz con mayor celo y con mayor eficacia, sin que pierdas nada por tenerle en el claustro bajo la regla del grande Agustin.

Sin faltar en lo mas mínimo al desempeño de sus deberes religiosos y empleos que le confiaron en la comunidad, volvió á ocuparse en la predicacion y en reprender los odios que se reproducian de nuevo. Lleno de una unción divina, hacia ver los horrorosos atentados y delitos sangrientos á que conduce el deseo de la ira y la venganza; abria el infierno á su vista y presentaba los terribles castigos de aquella estancia de desorden y confusion para los que no apetecen la paz. Vos le inspirásteis, Señor, y nada dejó por hacer para que se restableciese el orden y se reconciasen todos abrazando la paz, el perdon y el olvido de las injurias.

No pudieron sufrir los revoltosos con paciencia tanta libertad y celo de san Juan de Sahagun en hacer la guerra al vicio de la ira y la pasion de las venganzas; ocasionáronle pesadumbres y disgustos y atentaron contra su vida; pero el Señor le protegió visiblemente; sus enemigos tuvieron que pedirle perdon prostrados á sus piés y encomendándose á sus oraciones, para que el Señor los librara de la pena con que castigaba su inicuo atentado. El siervo de Dios les echa su bendicion, y quedaron sa-

nos, acreditando así su santidad lo patente de sus milagros. Estos se repitieron, y el Señor ademas del don de hacer milagros, le honró tambien con el don de profecía y el de descubrir los secretos que pasaban en los corazones; pero no por esto rebajó en algo su humildad, ni aquel concepto tan pobre que tenia de sí mismo, ni aquel temor de que le estimasen en algo: nada queria para sí, ni se atribuía á sí, sino todo á su Dios y para su Dios: su deseo no fué otro que procurar la paz, y á esto contribuyó tambien con las limosnas depositadas en sus manos por personas piadosas, para dirigirse á las almas procurando su bien espiritual y temporal al mismo tiempo, y con sus milagros mandando á las enfermedades y á la muerte que desapareciesen; y las enfermedades y la muerte le obedecian.

Los esfuerzos de tres reyes no bastaron á apaciguar los enfurecidos bandos de Salamanca, y san Juan de Sahagun lo consiguió siendo pacífico en sí mismo y con su Dios, y alcanzando con su celo y sus fatigas que lo fuesen aquellos desgraciados habitantes. Fué pacífico, y el Señor le premió con su bienaventuranza. Cumplió el oficio de los hijos de Dios, procuró sin descanso la paz, y el Señor le llamó á hacerle participante de su herencia. Murió santamente edificando con su ejemplo, así como habia edificado á todos durante su vida. Desde el cielo pide y se interesa con el Todopoderoso para que nos conceda la paz; la paz con Dios, la paz con nosotros mismos y la paz con nuestros prójimos. Unamos nuestras súplicas á las suyas, animémonos con el ejemplo de nuestro santo, y cobremos aliento para resolvernos á ser pacíficos, contemplando la gloria que ahora disfruta y la bendición que acompaña en la tierra á su nombre y su memoria. Bendicion que no concede el mundo á los mas esforzados capitanes y guerreros que llevaron el espanto y terror delante de sí. Suspiremos por ser pacíficos, y seremos del número de los hijos de Dios.

De otra suerte seremos hijos de Satanás, porque si se llaman hijos de Dios los que tienen y procuran la paz, dice san Gregorio, los que tienen y procuran los odios y discordias, sin la menor duda deben llamarse hijos del diablo y acreedores á sus tormentos; hacen las obras del diablo, porque así como no hay cosa mas preciosa delante de Dios que la virtud del amor y caridad, así no hay cosa mas agradable y satisfactoria para el demonio que el destruir los vínculos de la caridad. Y á la ver-

dad, hermanos míos, si son hijos de Dios los que observan, procuran y fomentan la paz justa y santa con Dios y con los hombres ¿de quién han de ser hijos los que siembran discordias, los que promueven los tumultos, las disensiones, los odios y venganzas en las familias, en los pueblos, en las comunidades, en la iglesia y en los reinos, sino del diablo cuya voluntad hacen? Nuestro Dios no es Dios de la disension, sino de la paz: Jesucristo es el mediador y la víctima de la paz, el rey pacífico, la paz misma que con su sangre derramada en el sacrificio de la cruz reconcilió al cielo con la tierra. El Espíritu santo es el inspirador y el vínculo de la paz. La iglesia es el reino y la casa de la paz, en que deben habitar todos como si fueran hermanos; sus límites puestos por el Señor son la paz, y donde no hay paz no hay ya hijos verdaderos de la iglesia. Sus sacerdotes, prebostes y ministros, son ministros y encargados de dar la paz y conservarla, son los que llevan y evangelizan la paz, y con ella todos los bienes.

¿Qué diremos ya para conservar nuestros odios, nuestras enemistades, venganzas y discordias? Nada sino recurrir á vos, glorioso santo, reconocer nuestra obcecacion y nuestros desvarios, y pedirnos que nos alcanceis del Señor el don de la paz con Dios, con nosotros y con nuestros prójimos. Nada sino alabaros y bendeciros porque gozáis una gloria que nunca se acabará, con Dios y sus ángeles y santos; una gloria con que premia el Todopoderoso á los pacíficos: y ofreceros nuestros votos para que nos alcanceis el que os imitemos, el que seamos pacíficos y os acompañemos despues en los gozos del cielo. Amen.

SERMON

DE LA BEATA JUANA DE AZA,

MADRE DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

(DE BORDOY.)

Ego autem sicut oliva fructifera in domo Dei.

Yo empero, á la manera de un fértil olivo, subsistiré en la casa de Dios.

Salmo 51.

Despues de los largos dias de afliccion y amargura en que se viera la iglesia, y en que los enemigos declarados del santo nombre del Señor se prometieran abolir de sobre la faz de la tierra los cultos y adoraciones que á su divina Majestad debidamente se tributan; arrancar del pecho de los mortales el dulce consuelo de invocar en sus cuantas y trabajos la proteccion y valimiento de sus queridos siervos; y colocar en el lugar santo los ídolos de sus pasiones y las imágenes de sus desenvolturas y libertinaje; vengo en el dia de hoy, amados oyentes, á anunciar las bondades y misericordias del Dios de Jacob, que con mano larga ha dispensado á su estimado Israel; y á cantar los brillantes triunfos que han henchido de gozo y satisfaccion á su querida esposa, alcanzados sobre sus émulos envidiosos de su honor y de su gloria. Porque el Señor que guarda su viña se ha levantado del profundo sueño en que al parecer dormía; y su voz, como rugido de leon, ha resonado en los desiertos y collados de los montes, llenando de espanto y terror al lobo y al javalí, que con sus afilados colmillos amenazaban destrozár sus abundantes y sabrosos racimos; porque escrito está, que el guardador de Israel no duerme ni dormirá jamas, cuando interesan la conservacion y defensa de su heredad, lanzando mira-